

hombres que á los ojos de la gran mayoría de la nacion aparecen como criminales; no es Robespierre, ni Saint-Just, el culpable, como no lo son tampoco Rousseau y Mably. La Francia es cómplice; por mejor decir, los escritores y los hombres políticos no hacen más que expresar las aspiraciones y los deseos de la nacion que los aplaude. Si los errores de 1793 se han perpetuado, á pesar de la reprobacion que pesa sobre el régimen del Terror; si estos errores han aumentado; si han tomado proporciones monstruosas hasta el punto de dar una apariencia de legitimidad al despotismo, que detiene el contagio, debe buscarse la razon en las profundidades del genio nacional.

## § II.—La Francia y la Igualdad.

### I.

Al decir que la Francia es culpable de que la Revolucion de 1789 haya venido á parar al despotismo y amenace á veces degenerar en socialismo, no es nuestra intencion hacer coro á los abogados del poder absoluto. Les hemos oido, y les oimos aún decir que los franceses son incapaces de ser libres, que no desean siquiera la libertad. Creen legitimar de esta manera el dominio de la fuerza. No queremos de ninguna manera ser solidarios de esos desgraciados que adulan el cesarismo para hacer la corte á César; hombres nacidos para servir, quisieran hacer á la naturaleza y aún á Dios cómplices de su servilismo. Segun ellos, la tradicion y el genio de la nacion francesa la alejan de la libertad. Dicen que en todas las épocas de su historia ha manifestado la Francia una inclinacion decidida hácia la igualdad y hácia la autoridad de un amo capaz de abatir ante sí todos los privilegiados: «La mayor cantidad de igualdad posible, sostenida por la mayor autoridad imaginable, hé aquí el gobierno ideal de la Francia. Esto es lo que el estado llano y los reyes han buscado de consuno á través de nuestras largas agitaciones. Suprimir las clases superiores que dominaban á la clase media, y á la vez las autoridades intermedias

que estorbaban al poder real, llegar de este modo á una igualdad completa y á un poder ilimitado, tal es la tendencia final y providencial de la raza francesa. Un amo sin más superiores, súbditos iguales y no ciudadanos, nada de privilegios, pero nada de derechos, tal es el único régimen que conviene á la Francia.»

Pregúntense á los defensores del poder fuerte las razones en que se fundan para declarar á los franceses incapaces de ser libres, y responderán: Cuestion de raza y de genio nacional. Un escritor que se ha propuesto rectificar las ideas que se forman sus compatriotas de la libertad, se burla de esos imitadores poco hábiles de Montesquieu, que aplican á la sangre la paradoja del clima, y deciden con toda gravedad que la libertad no es conveniente más que para las naciones protestantes y germánicas: «Pueden ser libres y regirse por sí mismos los ingleses, los americanos, los holandeses, los suizos, los suecos, los noruegos, y aún los belgas que hablan aleman; pero no hay nada más fatal para las antiguas razas latinas y católicas; la libertad es un veneno para los franceses, los italianos y los españoles. Estos necesitan la unidad; su libertad es obedecer á un jefe enérgico y absoluto que, mediante la centralizacion, reuna en sus manos todas las fuerzas de la nacion» (1).

El hecho histórico en que se funda esta apología del despotismo es exacto; nosotros mismos lo demostraremos, pero sacaremos una consecuencia muy diferente, y es que todos los pueblos están hechos para la libertad. Si la historia fuese una leccion de servidumbre, el escritor que se respete debería romper su pluma antes que escribirla. Nosotros tenemos, por el contrario, la firme conviccion de que la historia, estudiada en serio, enseña lo mismo á las naciones que á los individuos, que los seres inteligentes son los artifices de su propio destino. Esta es una leccion de libertad, y esta leccion debe ser más provechosa que ninguna doctrina, porque enseña á los hombres que pagan las consecuencias de sus errores, que toda falta va seguida de una inevitable expiacion. Es la libertad demostrada por la responsabilidad. Esta enseñanza acabará por ser útil á las naciones, de la misma manera que los indi-

(1) LABOULAYE, *El Partido liberal, su programa y su porvenir*, p. 139.

viduos aprovechan sus extravíos para progresar en el rudo camino del perfeccionamiento moral.

Que haya en los diversos pueblos tendencias diversas, que los unos tengan más inclinación á la libertad y los otros á la igualdad, ¿quién podría negarlo? Los individuos al nacer traen disposiciones diferentes, así en lo intelectual y moral como en lo físico. Lo mismo sucede con las naciones. Esta verdad es una de las que pueden llamarse *truismos*; es tan antigua como el mundo. Ya Hipócrates ha consignado el hecho, y ha tratado de explicarlo por la influencia del clima. La invasión de los bárbaros nos ha proporcionado un nuevo elemento de comparación y una nueva prueba de la influencia de raza. Su pasión de independencia, su espíritu de personalidad, de individualidad, contrastan notablemente con el genio social de los griegos y de los romanos. Es positivo que los ciudadanos de las repúblicas antiguas sentían por la igualdad mucho más afán que por la libertad; por mejor decir, lo que nosotros llamamos *derechos del hombre* les era desconocido; carecían de la palabra y de la cosa. Entre los germanos, por el contrario, hay un elemento de desigualdad, de subordinación de una persona á otra; de esto procedió en la Edad Media la jerarquía feudal. En cambio, el sentimiento de la individualidad era tan poderoso en los pueblos del Norte, que no concebían la idea de unidad; no tenían la noción del Estado. En la época en que dominaron, en la Edad Media, el Estado se disuelve, no hay ya soberanía general, cada baron es rey en su baronía, al mismo tiempo que es vasallo de un soberano.

Esta oposición, estas tendencias contrarias de la raza greco-latina y de las razas germánicas, reaparecen en el seno de las naciones modernas. La Inglaterra es todavía feudal; las clases sociales están allí separadas, subordinadas; reina la desigualdad. Nosotros, hombres del continente, aficionados á los principios de 1789, se lo censuramos; ella lo encuentra perfectamente. La Francia presenta un espectáculo completamente diverso. Ha arrojado de su seno el feudalismo, y no hay nada más odioso para ella que los recuerdos del régimen feudal; la libertad se confunde á sus ojos con la abolición de todo privilegio, con la igualdad de las clases; no comprende que reine la libertad donde no existe la igualdad. No es

ésta la opinión de los Ingleses; saben conciliar muy bien el amor á la libertad con la desigualdad; les gusta obrar por cuenta propia, como los barones de la Edad Media; son reyes en su casa, como lo era el señor en su señorío; esto es lo que llaman el *self government*. Los franceses carecen de esta palabra así como de la idea que representa. No es que les falte completamente el espíritu de libertad. Este se ha manifestado más de una vez; sin necesidad de recordar más que la gran Revolución de 1789, ¡qué magnífica reclamación de los derechos del hombre fué la inmortal Declaración de la Asamblea constituyente! La Constitución del año III reprodujo los principios de 1789. ¿Cómo es que la Francia, que conoce tan bien la libertad, y la formula en sus leyes, la ha perdido inmediatamente, mejor dicho, la ha abdicado? Esto consiste en que la libertad no era para ella más que una teoría, extraña á los sentimientos generales de la nación. La libertad quedó en el papel, no penetró en las costumbres. Los franceses se creyeron libres, porque eran llamados en ciertos momentos á ejercer la soberanía nacional; muchas veces no la ejercitaron más que para delegarla en un César.

¿Quiere decir esto que los franceses deban renunciar á ser libres? Los que prostituyen la palabra y la escritura para defender semejante teoría, no advierten que se ponen en oposición con Dios mismo y con las leyes que ha dado á la creación. Pero tal vez, á pesar de la reacción religiosa de que son fervientes adeptos estos apóstoles del despotismo, no tienen más Dios que su interés! ¿No es la libertad uno de esos derechos que se llaman naturales para significar que el hombre lo ha recibido de la naturaleza? ¡Y un don que Dios ha concedido á todas sus criaturas había de ser privilegio de algunos pueblos! Si el hombre ha sido creado libre, toda nación está destinada á ser libre. No hay más diferencia sino que unos llegan á la libertad más pronto que otros, y en unas la libertad toma diferentes caracteres que en otras, lo cual consiste en las influencias del clima, de la raza, de las costumbres, de la tradición.

Montesquieu ha reproducido en el siglo pasado una teoría que Hipócrates había emitido ya en la antigüedad. La influencia del clima sobre los hombres es incontestable; como seres físicos, su-

fren necesariamente la acción del medio físico en que viven. Pero de esto, á deducir que la libertad y la servidumbre son cuestión de clima, hay mucha distancia. La historia nos presenta los mismos pueblos, unas veces libres, otras veces esclavos, sin que el clima haya variado. Roma, que gime hoy bajo el yugo que más envilece, el del sacerdocio, ha practicado en otro tiempo la libertad política. La Grecia ha sido libre á su manera en sus ciudades; despues, por espacio de siglos, estuvo sometida al despotismo, sin hacer siquiera un esfuerzo para sacudirlo. ¿Había cambiado el clima de un día para otro? Decir que el clima lo determina todo en el hombre, es tanto como decir que es un sér puramente animal, ó al ménos que el cuerpo forma el alma. Más cierto sería, en nuestra opinión, decir que el alma forma el cuerpo.

Lo que decimos del clima es igualmente aplicable á las razas humanas y á las nacionalidades. La influencia fatal del clima está desacreditada, porque á cada paso la desmiente la historia. La raza ó la nacionalidad han reemplazado al clima en los historiadores modernos. En el fondo es el mismo error; no ha variado más que la palabra. ¿No es el clima uno de los elementos esenciales de lo que llamamos raza ó nacionalidad? Que las mil y una causas que constituyen una nación influyen también sobre su manera de entender y de practicar la libertad civil y política, nada más natural. Pero ¿se debe decir por esto que ciertos pueblos están destinados á ser libres y otros á ser esclavos? Esto sería una predestinación peor que la del dogma católico, porque la predestinación de la teología solamente tiene que ver con el otro mundo, mundo imaginario, tal como los creyentes lo conciben, al paso que la predestinación de un pueblo á la libertad ó á la servidumbre determinaría para siempre su vida real. No dejemos de consignar que ambas predestinaciones son igualmente falsas.

La influencia que los elementos físicos ejercen sobre el hombre depende del grado de su desenvolvimiento intelectual y moral. Es absoluta, irresistible, en los animales. Tiene un poder sumamente grande en los niños, y por consiguiente en los pueblos que se hallan en el estado de infancia. Pero á medida que el niño se va desarrollando, la inteligencia toma la dirección, el alma domina al cuerpo; la libertad moral, apoyada en la razón, transforma al hom-

bre. Lo que es cierto en el hombre, ¿no lo había de ser en los pueblos? Las naciones no son seres abstractos, son agrupaciones de individuos; si el individuo es perfectible, es absurdo declarar incorregibles á las naciones. Si el individuo puede en todas partes, bajo todos los climas, en todo Estado, y sea cual fuere su raza, elevarse á la noción de la libertad civil y política, las naciones pueden hacerlo también. Y una vez que la idea de libertad llega á nacer, se realizará en las costumbres y en las leyes, porque el pensamiento rige al mundo. Ciertamente la transformación de los individuos y de las naciones no es obra de un día. Tal vez la impaciencia, el desaliento, la desesperación que inspiran las debilidades de los hombres entran por mucho en las teorías de despotismo que en nuestros días se han formulado en Francia. Pero la cuestión que debatimos es ante todo una cuestión de filosofía política. Lo que pedimos es que se reconozca el derecho de todo hombre, de todo pueblo á la libertad. Despues vendrá la dificultad de practicar la libertad. ¿Qué importa que esta dificultad sea grande? Una dificultad no es una imposibilidad. Es cuestión de tiempo. Dios, según dicen, tiene mucha paciencia porque es eterno. ¿Acaso el hombre y los pueblos no son también eternos en cierto sentido? Adquieran la conciencia de su perfectibilidad, y la convicción de que la felicidad consiste en el perfeccionamiento, y la idea de la libertad acabará por tomar cuerpo. ¿Cuál es el hombre que, sabiendo que su destino depende de él, no quisiera trabajar en su porvenir, á fin de mejorar en lo posible su destino? ¿Cuál es el pueblo que teniendo esta creencia no obraría de la misma manera?

Lo que importa, pues, es inculcar á los hombres la convicción de que su destino está en sus manos. La historia les presenta esta lección en todas sus páginas. Léjos de ser una enseñanza de fatalismo, y por consiguiente de desaliento y desesperación, la historia nos hace ver que el elemento de fatalidad va decreciendo á medida que el hombre se va elevando en la esfera de la inteligencia y de la moral. Si cae, siempre puede volver á levantarse, y hay un Sér omnipotente que le tiende la mano para ayudarlo á levantarse. Pero para que Dios le ayude, el hombre debe ayudarse á sí mismo. Y para que el hombre que ha caído pueda pensar en re-

habilitarse, es menester que tenga conciencia de su caída. Los pueblos, lo mismo que los individuos, son corregibles; pero es preciso que conozcan sus defectos y sus errores. A la historia toca presentarles esta enseñanza.

También nosotros creemos que la Francia ha comprendido mal hasta ahora la libertad, y que por esto no han dado resultado sus revoluciones. ¿Quiere decir esto que ha derramado en vano su sangre más pura? No; hasta sus extravíos son una razón para esperar que en lo futuro será más afortunada. Hay una lucha instintiva entre la verdadera libertad y la falsa en todos los grandes movimientos que han agitado á la nación francesa; siempre ha triunfado la falsa libertad, siempre ha sacrificado la nación la libertad civil, los derechos del hombre á la apariencia de la libertad, á la soberanía del pueblo; siempre ha confundido la igualdad de las condiciones sociales con la libertad. Es necesario que la historia le ponga de manifiesto sus errores y su fatal consecuencia, la inevitable expiación. Todo quedará compensado el día en que las ideas se rectifiquen, el día en que la nación reconozca que se ha equivocado. Desde este momento marchará con paso firme por la senda de la libertad, dando un solemne mentís á los apóstoles del despotismo.

No quiere esto decir que la Francia, para ser libre, deba copiar literalmente á la Inglaterra. La libertad inglesa fué aristocrática en su nacimiento, lo es hoy todavía, y es más que probable conserve siempre señales de su origen. La Francia tiene demasiado amor á la igualdad, para llegar á ser aristocrática. Su tendencia es hácia la democracia; la libertad francesa ha de tener, pues, carácter democrático. Léjos de nosotros la idea de que esta diferencia en el genio de las dos naciones sea un mal, y que pueda redundar en inferioridad de una cualquiera de ellas. Por mucho tiempo se ha creído que la unidad absoluta, la uniformidad, es el ideal de la humanidad. No hay nada de esto. El principio de la individualidad, raíz de la libertad individual, implica, por el contrario, una variedad infinita. ¡Dios nos preserve de la unidad china! El progreso de la civilización, por inmenso que lo concibamos, no dará nunca por resultado la confusión de las individualidades; su tendencia es más bien á dar á cada persona, individuo ó nación,

un campo libre para su desenvolvimiento. Hemos dicho que las influencias de clima y de raza están llamadas á desaparecer. Esto es cierto en cuanto son un obstáculo, una traba para el perfeccionamiento. Pero hay también en la naturaleza física un elemento que está en armonía con la naturaleza moral é intelectual. El cuerpo es el órgano del alma, y el ideal consistiría ciertamente en que hubiera armonía constante entre las dos partes de nuestro ser. Lo mismo sucede con las naciones. Éstas tienen también su cuerpo; las causas físicas constituyen la raza ó la nacionalidad. En cuanto responden al genio de los pueblos, son eternas, como los pueblos mismos. Aun cuando tuviéramos poder para destruirlas, deberíamos cuidar de no hacerlo, porque esto sería ahogar los gérmenes de la vida. La unidad absoluta sería la muerte. Y nuestro ideal no es la muerte, sino la vida.

## II.

Agustin Thierry dice que desde el siglo XII hasta el siglo XVII hay en Francia un movimiento continuo hácia la concentración del poder en la monarquía. Parece un plan estudiado de antemano, y en el cual trabajan luego los monarcas de acuerdo con el pueblo: «La sucesión de los tiempos hace aparecer una serie de reyes y de ministros que se emplean en esta grande obra, y que ponen al servicio de la misma causa toda su alma y su genio; se ve al pueblo, *para el cual trabajan* y del cual sacan los elementos de su poder reformador, *anticipárseles* á veces con sus *propios esfuerzos*, *seguirlos* siempre, y *estimularlos* incesantemente con su voto en los estados generales, con todos los órganos del derecho común y del pensamiento público. Así es como, á fuerza de mudanzas progresivas, se ha formado *el poder real absoluto*, símbolo de la *unidad francesa*. Este régimen, *enemigo de la libertad*, lo mismo que del *privilegio*, la nación no lo sufre, *sino que lo ha querido con resolución y perseverancia*; por muchos ataques que puedan dirigirse en nombre de los derechos naturales, no estaba fundado en la fuerza ni en el fraude, sino *aceptado por la conciencia de todos*.» Era, añade Thierry, la tradición de la *Roma imperial*, favorable

al espíritu de civilización, pero *contraria al espíritu de libertad* (1).

El hecho es exacto; pero no tiene razón Thierry al alabarlos como un progreso, y mucho menos al celebrar á los reyes como los *defensores de la igualdad*, como *representando al pueblo y trabajando por él*. Los reyes, egoistas de profesión, no se han propuesto nunca más que un objeto, su poder, y en Francia lo han conseguido demasiado. Se dice que ellos formaron las nacionalidades. Esto es atribuirles los designios de Dios. La nacionalidad, mejor dicho, las fuerzas de la nación, han sido para los reyes un instrumento de poder; ¿habrá que agradecerles el que hayan deseado ser poderosos? Se dice que los reyes de Francia favorecieron la igualdad de las condiciones con la abolición de los privilegios. Este elogio del poder real es una extraña ilusión. Si los reyes tomaran en serio la igualdad, deberían conducir á los pueblos al régimen de la democracia pura, es decir, que el último término de sus esfuerzos sería su abdicación. No; los reyes no han pensado nunca en establecer la santa igualdad; no fueron ellos los que abolieron la servidumbre; no son ellos los que emanciparon á los municipios. Si la historia lo dice, es porque los historiadores han adulado por mucho tiempo á los reyes; ya es tiempo de que les digan la verdad.

Es muy cierto que la lucha de los reyes contra el feudalismo ha dado por último resultado la humillación de los grandes y el engrandecimiento de las clases inferiores. Esto es un beneficio, pero lo debemos á la Providencia. No alabemos el egoísmo de los reyes, allí donde solamente Dios debe ser glorificado. Es verdad también que la nación estuvo acorde con el poder real; este concierto de esfuerzos, esta unidad de fin, es lo que ha engañado á los historiadores. M. Guizot ve también un progreso inmenso en la sucesiva elevación del estado llano, y ensalza á la nación francesa sobre las demás por haber caminado durante siglos por la senda de la igualdad. Los antepasados del estado llano eran siervos; por esto trabajó sin descanso en la ruina de la aristocracia feudal; por esto abrazó el partido del poder real, que veía también en los grandes

(1) AGUSTIN THIERRY, *Recopilación de monumentos inéditos de la Historia del estado llano*. Introducción, p. 212 y 51.

vasallos sus rivales y enemigos. M. Guizot confiesa que, al menos en principio, el poder real se acercaba mucho á la monarquía absoluta; hubiera podido dejar reservas á un lado y decir que el antiguo régimen era la monarquía absoluta; bien pronto lo oíríamos de labios de aquel que es como el tipo de la monarquía francesa, Luis XIV. Esto no impide á M. Guizot celebrar, como un hecho único en la historia, la formación y el poder del estado llano en Francia. «En ninguna parte ha recibido la clase media un desenvolvimiento tan completo, ni ha tenido un destino tan vasto y tan fecundo. Ha habido municipios en toda Europa, en Italia, en España, en Alemania, en Inglaterra, lo mismo que en Francia. Y no solamente ha habido municipios en todas partes, sino que no son los municipios de Francia como tales, bajo este nombre y en la Edad Media, los que han desempeñado el primer papel y ocupado más lugar en la historia. Y sin embargo, en Francia es donde la clase media ha acabado por adquirir la preponderancia más decidida. Ha habido municipios en toda Europa; no ha habido verdaderamente estado llano más que en Francia. Este estado llano, que en 1789 ha venido á parar á la revolución francesa, es un destino, un poder que pertenece exclusivamente á nuestra historia y que en vano buscaríamos en otra parte» (1).

Cuando M. Guizot escribía este elogio del estado llano, la Francia disfrutaba del régimen representativo, y era posible creer que el porvenir de la libertad estaba asegurado. El historiador francés tenía esta convicción, porque añade que el estado llano, después de haber fundado la monarquía absoluta, atacó el poder real, y cambió la monarquía pura en monarquía constitucional. Si M. Guizot hubiera escrito después de 1848, ¿hubiera usado el mismo lenguaje? Sí; el destino del estado llano parece maravilloso, si no se considera más que el movimiento hacia la igualdad; es verdad que en ningún país de Europa ha sido la igualdad de clases tan completa como en Francia. Pero el espectáculo varía considerablemente cuando se pregunta por la libertad. Este desenvolvimiento del estado llano, que M. Guizot aplaude, y que nosotros aplaudimos también, en cuanto ha absorbido todos los órdenes en

(1) GUIZOT, *Historia de la civilización en Francia*, lección 46.

la nacion, tiene ademas otro punto de vista que nosotros deploramos con todos los amantes de la libertad: el progreso de la igualdad se ha realizado siempre á costa de la libertad. La razon consiste en que en Francia, lo mismo que en las repúblicas de la antigüedad, la aspiracion hácia la igualdad es realmente el afan de la dominacion; la democracia lucha por alcanzar la soberanía. De aquí esas sangrientas insurrecciones en que los vencedores, sean cuales fueren, no piensan más que en exterminar á los vencidos; sin embargo, ¡vencedores y vencidos son miembros de una misma nacion! No es, pues, la verdadera igualdad, la igualdad de derecho, la que el estado llano ha conquistado; ¿cómo, pues, había de desarrollarse el espíritu de libertad? Contemplemos algunas de esas revoluciones que los historiadores franceses encuentran tan admirables, al ménos en sus resultados; siempre las veremos concluir por una reduccion de libertad, un aumento del poder real, ó por la omnipotencia de la democracia.

### III.

El primer amanecer de la democracia francesa es la insurreccion de la *Jacquería*. ¿Qué querian los desgraciados habitantes de los campos, á los cuales los señores en su orgullo diéron el nombre de *Jacques*? El historiador del feudalismo, Froissart, nos lo dirá: «Algunas gentes de los pueblos, sin jefes, se reunieron en el Beauvoisis, y dijeron que todos los nobles del reino de Francia deshonraban y hacian traicion al reino, y que sería muy ventajoso destruirlos á todos. Y cada uno de ellos dijo: «¡Maldito sea el que impida que todos los gentiles hombres sean destruidos!» Luégo se reunieron y se marcharon sin tomar más resolucion, y por todas partes donde llegaban su número iba aumentando, y todos sus iguales les seguian. Y cuando se les preguntaba por qué hacian esto, respondian que no lo sabian, pero que lo veian hacer á los demas y lo hacian tambien» (1). Y ¿qué hacian? Exterminaban á los nobles. «Solamente las escenas de la insurreccion de los negros en Santo Domingo pueden dar una idea de lo que sucedió en

(1) FROISSART, *Crónica*, lib. I, 2.<sup>a</sup> parte, c. LXV.

los castillos invadidos por los *Jacques*. Mataban hasta los niños pequeños que todavía no habian hecho mal á nadie», dice el continuador de Nangis (1).

Aquellas gentes, armadas con palos y cuchillos, no podian, á pesar de su número, luchar contra los barones feudales, armados de hierro de piés á cabeza. Los *Jacques* sucumbieron. Y ¿qué hicieron los vencedores? Los caballeros exterminaron á los *Jacques*, como los *Jacques* habian exterminado á los caballeros; incendiaron las aldeas, matando á los villanos y á los siervos, «fuesen ó no culpables», en las casas, en los campos, donde quiera que los encontraban. Cantones enteros fueron casi despoblados: «Hicieron tanto daño los nobles de Francia, dice un cronista, que no eran necesarios los ingleses para destruir el país; porque en verdad, los ingleses, enemigos del reino, no hubieran podido hacer lo que hicieron los nobles del interior» (2). Hay una dolorosa verdad en estas palabras; los órdenes en Francia fueron siempre como ejércitos enemigos en el campo de batalla; en el siglo XIV quieren exterminarse; en el siglo XVIII continúa el mismo espíritu, como nos lo dirán los hombres de 1789 y 1793.

Los *Jacques*, se dice, no fueron más que siervos insurreccionados; la historia de los municipios debe buscarse en las tendencias y en el genio del estado llano. Sea enhorabuena. Es muy cierto que habia aspiraciones á la libertad en los municipios de Francia; en otra parte las hemos señalado (3). Recordemos aquella enérgica reivindicacion de la inviolabilidad del domicilio, escrita en nuestros antiguos fueros: «*Todo hombre, por pobre que sea, en su casa es rey.*» Recordemos que todas las cartas estipulaban garantías para la libertad individual. Pero aquí se advierte ya esa lucha entre dos espíritus contrarios que parecen disputarse la Francia, el espíritu de libertad y el espíritu de igualdad; el espíritu de igualdad venció en el movimiento comunal, y aquel espíritu no era otra cosa que la ambicion de dominar. Es un error creer que la emancipacion de los municipios era una tendencia á la libertad ge-

(1) MARTIN, *Historia de Francia*, t. V, p. 197.

(2) *El Continuator de NANGIS*.—MARTIN, *Historia de Francia*, t. V, p. 199.

(3) Véanse mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, t. VII.

neral. La Edad Media no conocía más que una libertad privilegiada, y aquella libertad consistía en el ejercicio del poder soberano; el baron feudal era rey en su baronía; los plebeyos quisieron ser reyes dentro de sus ciudades. El señor ejercía alta y baja justicia; lo mismo sucedió en las ciudades. Los vasallos hacían la guerra y celebraban tratados; vióse á los municipios batallar y negociar. ¿Quién ejercía aquella soberanía? Una aristocracia plebeya que oprimía sin rebozo á las clases inferiores. Allí donde la democracia fué bastante poderosa, luchó contra la clase media; ¿luchaba por la igualdad? No, sino por la dominación. ¿Quién sacó en definitiva partido de estas luchas? En Francia, el poder real. Este acudió en auxilio de los oprimidos; pero para poner fin á la opresión, no encontró medio mejor que confiscar las franquicias comunales. Ya no hubo clase media dominante en las ciudades de Francia. A esto se llamó igualdad. ¡Triste igualdad la que no tiene derechos que ejercer! Es la igualdad bajo el despotismo (1).

## IV.

Los déspotas, se dice, fueron los representantes de la democracia. ¡Luis XI, Richelieu, Luis XIV, demócratas! Sí; á la manera de los Césares, órganos de la plebe. Bajo aquel régimen de una pretendida democracia, real ó imperial, no hay realmente más que un solo hombre que sea libre; porque la libertad es la soberanía, y solamente el príncipe ejerce el poder soberano, por más que lo ejerza en nombre del pueblo. Es muy cierto que Luis XI afectaba ser pechero por el tono, por el traje, por las maneras, y que conversaba familiarmente con toda clase de personas. ¿Es esta una razón para ver en aquel terrible nivelador un dictador democrático, un órgano de la clase de los pecheros? Agustín Thierry lo cree así, no quiere que Luis XI sea de la raza de los tiranos egoístas; era, dice, un innovador implacable, que comprendemos después que hemos visto la obra de sus sucesores durante la Revolución francesa. Es decir que Luis XI es de la familia de los Dan-

(1) Véase mi *Estudio sobre el feudalismo* (t. VII, p. 488 y siguientes de esta edición castellana).

ton y de los Robespierre. Ya hemos dicho que es imposible que un rey sea demócrata. En cierto sentido puede compararse el rey de Francia con los revolucionarios; quería destruir todos los privilegios, y para esto entregó los privilegiados al hacha del verdugo. Pero los revolucionarios, hombres del pueblo, combatían por el pueblo, mientras que los reyes, egoístas de profesión, no luchaban nunca más que por el poder real. Es, pues; un elogio muy extraño para un monarca compararlo con los hombres de 1793. Thierry confiesa que los montañeses consideraban como legítimos todos los medios para imponer á los hechos el yugo de sus ideas (1). Funesta moral, y que sería bastante para condenar á todos los dictadores democráticos, porque vicia la conciencia general; á este precio, hasta la libertad sería demasiado cara; mejor dicho, dejaría de ser un beneficio.

Richelieu merece un lugar entre los reyes; es de la raza de los déspotas que buscan su grandeza en la grandeza de una nación. Pero el egoísmo corrompe todo cuanto toca. Las naciones no pueden ser grandes bajo el régimen del despotismo, porque la verdadera grandeza es inseparable del desenvolvimiento de las fuerzas individuales, y ¿cómo habrían de desenvolverse los individuos sin libertad? Importa, sin embargo, consignar los hechos. Veamos lo que alaban los historiadores franceses en el gran ministro; su apreciación tiene para nosotros tanto interés como los hechos del cardenal, porque demuestra que la mayor afición de la raza francesa es á la igualdad, y que esta igualdad en definitiva se reduce á conseguir el poder.

Richelieu, dice Agustín Thierry, aceleró tanto el movimiento hácia la *unidad* y la *igualdad* civiles, y lo llevó tan lejos, que desde entonces ya fué imposible retroceder (2). Pero ¿qué es esa *unidad* sino la concentración de la omnipotencia en manos del poder real? ¿qué es la igualdad sino la destrucción de todos los obstáculos que los cuerpos privilegiados oponían al poder absoluto del monarca? Richelieu introdujo el principio democrático en el ejér-

(1) AGUSTIN THIERRY, *Recopilación de los monumentos inéditos del estado llano*, t. I, introd., p. 75.

(2) IDEM, *ibid.*, p. 185.